

17—El espíritu de discernimiento

LEAMOS Hechos 1:8: «Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra». Ahora vayamos a Hechos 2: 1-4: «Cuando llegó el día de Pentecostés estaban todos unánimes juntos. De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran».

Hermanos, podemos recibir esta bendición si nos acercamos a Dios de todo corazón. Cuando nos vaciamos de todo tipo de prejuicios, de toda duda e incredulidad, entonces podremos esperar el derramamiento del Espíritu de Dios. Ya les he mencionado lo que pasó cuando Cristo fue presentado en el templo. El sacerdote lo tomó en sus

Sermón predicado el 9 de marzo de 1890. Manuscrito 2, 1890. brazos, pero no podía ver nada más. Dios no le habló, ni le dijo: «Esta es la consolación de Israel». Sin embargo, tan pronto como Simeón llegó al templo el Espíritu de Dios lo condujo, y porque estaba bajo su influencia, porque el Espíritu Santo había descendido sobre él, Simeón pudo ver ese pequeño niño en los brazos de su madre. Todo indicaba que esta humilde familia era pobre, pero al momento de contemplar al niño, Dios le dijo: «Esta es la consolación de Israel».

Tenemos aquí a dos personajes totalmente distintos. El sacerdote que estaba oficiando no lo conoció; pero hubo uno que sí lo reconoció porque podía discernir las cosas espirituales. Vivía en estrecha comunión con Dios. Vivía en conexión con los asuntos eternos y futuros y, por lo tanto, reconoció al Espíritu de Dios.

¿Y qué pasa con nosotros individualmente? Sabemos que el Espíritu de Dios ha estado con nosotros. Sabemos que se manifestó una y otra vez en estas reuniones. No tenemos la menor duda de que ayer el Señor habló a través del pastor Waggoner. Eso es innegable. No tengo dudas de que el poder de Dios descendió abundantemente sobre nosotros. El concilio ministerial que celebramos ayer por la tarde fue bendecido con la luz del Señor. Ahora bien, si hubiéramos abierto la puerta del corazón y dejado entrar a Jesús, habríamos tenido un momento maravilloso. No tengo duda de ello.

¿Con qué espíritu investigamos las Escrituras?

El espíritu que nos domine a la hora de investigar las Escrituras establecerá una gran diferencia. Si tenemos un espíritu dócil, dispuestos a aprender, con nuestros corazones libres de prejuicios, no tratando de acomodar las Escrituras a nuestras

ideas, sino acomodando nuestras ideas a las Escrituras, entonces conoceremos la doctrina y la entenderemos. Pero les digo, hermanos, si tienen discernimiento pueden entender dónde está Dios obrando. No necesitan milagros maravillosos que testifiquen de ello, ya ven que los milagros no ayudaron a los judíos. Lo tuvieron delante de sus ojos, pero no les sirvió de nada.

La mujer samaritana que vino y escuchó a Cristo, lo aceptó sin ver ningún milagro, porque creyó en la palabra de él. Se alegró por la luz que recibió, y fue y la proclamó a sus vecinos. Los samaritanos eran un grupo odiado por los judíos. Los samaritanos recibieron la luz. Cuando Cristo vino a los judíos con todo el poder de su majestad, toda su gracia manifestada en imponentes curaciones y en el derramamiento poderoso de su Espíritu, no lo reconocieron. ¿Y por qué? Porque los mismos prejuicios que habían estado en su corazón reinaban allí, y los milagros más poderosos que él pudo haber hecho no tendrían ningún impacto en sus corazones.

Si asumimos una actitud en la que no reconocemos la luz ni los mensajes que Dios nos ha enviado, corremos el peligro de pecar contra el Espíritu Santo. Luego, nos ponemos a ver si acaso podemos encontrar alguna pequeñez en la que podamos colgar nuestras dudas y comenzar a cuestionarlo todo. La pregunta es: ¿Ha enviado Dios la verdad? ¿Ha levantado Dios a estos hombres para proclamar la verdad? Mi respuesta es, sí. Dios ha enviado hombres a traernos la verdad que no habríamos tenido salvo que Dios nos hubiera enviado a alguien para que nos la trajera. Dios me ha permitido ser iluminada por su Espíritu y, por lo tanto, lo acepto; y no me atrevo a levantar la mano contra estas personas porque sería levantarla en contra de Jesucristo, pues el Señor ha de ser reconocido en sus mensajeros.

Ahora bien, deseo que todos ustedes tengan cuidado respecto a qué actitud tomarán, ya sea que se encierren en nubes de incredulidad porque han visto imperfecciones, o se fijen en una palabra o un pequeño detalle, que tal vez puede ocurrir, y los juzguen por eso. Necesitan ver lo que Dios está haciendo con ellos. Han de ver si Dios está obrando en sus vidas, y luego han de reconocer al Espíritu de Dios que se revela en ellos. Y si ustedes deciden resistirlo, se comportarán como lo hicieron los judíos. Ustedes tienen toda la luz y todas las evidencias que ellos tuvieron. Ellos rechazaron la luz a pesar de ver los grandes milagros que hizo el Señor. Sus corazones estaban tan prejuiciados que finalmente dijeron: «¡Oh, él hace milagros por el poder de Beelzebú, el príncipe de los demonios, así es como hace sus milagros!».

Tomar nuestra posición

Hermanos, Dios quiere que vayamos al lado del portador de la luz. Hemos de estar donde esté la luz y donde Dios ha dado un sonido certero a la trompeta. Necesitamos dar a la trompeta un sonido certero. Hemos tenido confusión, hemos dudado, las iglesias se están muriendo. Pero ahora leamos esta declaración: «Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra

fue alumbrada con su gloria. Clamó con voz potente, diciendo: “¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia! Se ha convertido en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo y en albergue de toda ave inmunda y aborrecible”» (Apoc. 18: 1, 2).

¿Cómo vamos a conocer algo de ese mensaje, si no estamos en condiciones de reconocer la luz del cielo cuando llegue a nosotros? ¿Nos limitaremos a aceptar de inmediato el engaño más oscuro tan solo porque proviene de alguien que está de acuerdo con nosotros cuando no tenemos ni una pizca de evidencia de que el Espíritu de Dios lo ha enviado? Cristo dijo: «Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís» (Juan 5: 43). Esa es precisamente lo que ha estado ocurriendo aquí desde la reunión en Minneapolis. Debido a que Dios ha enviado un mensajero que no está de acuerdo con las ideas de ustedes; por lo tanto, ustedes concluyen que no puede ser un mensaje de Dios. ¿Cómo se atreven a correr este riesgo?